

sociedad anterior habian tenido que causar. De aquí nace aquel instinto que á despecho de las pasiones democráticas impele los partidos populares á espesarse con aquellas pomposas manifestaciones, con aquellas desmesuradas lisonjas y aquella idolatría de lenguaje con que se placen en adular á los grandes hombres que se elevan sobre las ruinas que los mismos partidos han hecho. Sectarios y filósofos ciudadanos y soldados, parlamento y pueblo, todos concurrieron forzosa ó voluntariamente á engrandecer á Cromwell como si trataran de engrandecerse á sí mismos, y los republicanos de Lóndres al arengarle por su feliz regreso se lisonjaban á sí propios al decirle : «Estábais predestinado á cargar de cadenas á los reyes y poner grillos á la nobleza.» ¡No veían los que de esta manera hablaban que no pasaria mucho tiempo sin que aquellas pesadas cadenas vinieran á caer sobre sus mismas manos!

Cromwell recibia esas ovaciones con humildad calculada y en cierto modo sincera. «Solo á Dios, contestaba incesantemente, solo á Dios pertenece la gloria : no soy mas que un débil é indigno instrumento suyo.» Al hablar de ese modo comprendia perfectamente cuanto convenia á su patria y á su partido esa clase de lenguaje. Exagerábalo Cromwell y sin cesar lo estaba repitiendo para complacer á los hombres cuya confianza y afecto exaltaba hablando de ese modo; mas tambien era esa, como ya se ha dicho anteriormente, la espresion de su propio é íntimo pensamiento. Dios, su poder, su providencia, su accion continua en los asuntos de este mundo no era para el alma de Cromwell una abstraccion metafisica, ó una tradicion gastada : era verdaderamente su fé. Fé no muy consecuente y de pocas exigencias, puesto que ni gobernaba, ni embarazaba sus actos en las tentaciones de la vida, ni en las necesidades de su ambicion, pero que subsistia indeleble en el fondo de su alma é inspiraba sus palabras cuando la grandeza de las circunstancias ó de su situacion personal venia á conmovierla profundamente. Por otra parte cuesta poco el hablar humildemente y llamarse instrumento de Dios, cuando Dios convierte su instrumento en soberano de las naciones. Nada pues tenían que resentirse ni el poder ni el orgullo de Cromwell por espesarse con aquella humildad.

Asi es que cuanto mas elevada se hacia su situacion, tanto mas lo engrandecia y lo hacia superior á ella el instinto de su ambicion. Algunas veces al través de aquel lenguaje tan humilde se vislumbraban en sus actos algunas aspiraciones á la soberanía. Sobre el campo de batalla de Worcester tuvo deseos de armar por su propia mano caballeros dos de sus mas bizarros generales, Lambert y Fleetwood, y si á despecho suyo

renunció á ese proyecto solo fue porque le hicieron presente que aquel acto era una prerrogativa de la corona. Al entrar triunfante en Lóndres se manifestó tan retenido en medio de las aclamaciones del pueblo que un hombre que le conocia perfectamente, el predicador sectario Hugh Peters dijo al verle pasar : «Cromwell será nuestro rey.» Acababa de salvar la república y de someterle dos reinos. Ya nada grande que pudiera consumarse por medio de las armas se presentaba cerca de él. Permanecia en Lóndres, poderoso y en la ociosidad, visitado incesantemente por sus oficiales y soldados, centro de todos los descontentos y de todas las esperanzas; de la vista de un parlamento republicano, congreso mutilado, al cual apenas asistian diariamente sesenta ú ochenta miembros, algunos de los cuales seguian formal y honradamente ocupándose de los asuntos públicos, de marina, de la guerra con Holanda y de reformas administrativas, que tal vez nunca llegaban á realizarse por la influencia que en el congreso ejercia el mayor número de otros miembros solamente entregados á la mezquindad de sus pasiones, á vergonzosos intereses, al tráfico de empleos y el servicio de ruindades ajenas; faccion egoista, aislada y desacreditada que no daba á la nacion ni tranquilidad, ni bien estar, ni porvenir, y que sin embargo se mantenia obstinadamente aferrada al poder como si la salvacion del país dependiera exclusivamente de su miserable gobierno.

Cromwell anduvo vacilando largo tiempo antes de resolverse. Al volver á ocupar su puesto en el parlamento despues de su triunfo provocó la lucha. Sus armas puede decirse que eran dos cuestiones grandes y populares, una amnistía general que anunciara la terminacion de la guerra civil y una ley electoral que arreglara el modo y la época de la convocacion de un nuevo parlamento.

Estas dos medidas hacia ya mucho tiempo que estaban propuestas; pero nunca acababan de salir de la mesa de las respectivas comisiones sino en algunos dias criticos, y siendo reproducidas por el interés del momento volvían luego á caer en la inercia. Cromwell las hizo formalmente discutir y aprobar. Quedó al cabo de cinco meses decretada penosamente la amnistía despues de haber intentado muchas veces hacer en ella restricciones, especialmente pecunarias, que siempre fueron victoriosamente rechazadas por el mismo Cromwell, demasiado sensato para entregarse nunca á inútiles animosidades y demasiado atento á procurarse clientela y amigos personales en todos los partidos.

No puso Cromwell en juego tanta energia para conseguir la aproba-

cion de la ley electoral sin duda para conseguir que con su lentitud resaltara el egoismo de los intrigantes del parlamento, ó tal vez por no haber aun llegado á resolverse sobre el particular. ¿Por qué medios plausibles podia impeler al parlamento á disolverse? ¿Cuál seria el resultado de las nuevas elecciones? ¿Podria confiarse en que con ellas se consolidara el nuevo gobierno? ¿Habia dado buenos resultados el primer ensayo que acababa de hacerse de la república? No podria decirse que la monarquía era mas conforme á las leyes, á las costumbres, á las opiniones y á los intereses constantes del país? Si este seguia deseando el sistema monárquico, mejor dicho, si lo necesitaba, ¿qué habia que hacer para volverse-lo á dar? ¿En qué forma? ¿Qué clase de monarquía? Cromwell trataba de resolver esas cuestiones hablando de ellas no solo en sus conversaciones privadas con algunos hombres importantes, sino en conferencias donde solia reunir varios oficiales del ejército, y algunos miembros del parlamento.

Nunca se daba por satisfecho del resultado de esas conferencias: los oficiales insistian en ser republicanos, y los políticos se manifestaban propensos á la monarquía en su antigua forma y aconsejaban á Cromwell tratase de hallar medios para restablecerla. Entonces Cromwell interrumpia la discusion sin perjuicio de volver á renovarla á los pocos momentos, manifestándose flexible, pero siendo en realidad inexorable en su ambicion, franco hasta la audacia para envolver á los demás en sus proyectos y solapado otras veces hasta un extremo ridículo á fin de ocultarlos. El provecho que de estas maniobras sacaba Cromwell era el comprometer mas y mas al ejército en su lucha con el parlamento. El espíritu sectario era aun poderoso en el ejército y el espíritu militar se habia enérgicamente desarrollado.

Las pasiones del fanático y los intereses del soldado se habian combinado y se sostenian mutuamente: Cromwell sabia explotar esa combinacion y se proponia emplearla contra el parlamento. ¡Qué injusticia que los vencedores no percibieran con puntualidad su mezquina paga, en tanto que otros hombres que nada habian hecho ni nada habian sufrido fueran los únicos que recogian el fruto de la victoria! ¡Qué impiedad el no prestar la debida atencion á los consejos de los santos! Peticiones presentadas por el consejo general de oficiales en nombre de todo el ejército reclamaban con altivez el pago de los atrasos, la reforma de los abusos del gobierno y la realizacion de las esperanzas del pueblo de Dios.

El parlamento á su vez se irritaba, se defendia y devolvía el ataque,

pidiendo con instancia el licenciamiento de una parte del ejército, y poniendo en venta el palacio de Hamptoncourt, concedido poco antes á Cromwell para fijar en él su residencia. Diez y ocho meses hacia que duraba ya esta apremiante situacion, cuya crisis no podia hacerse mucho tiempo esperar. ¿Quién seria dueño de la nueva situacion? El parlamento adoptó repentinamente el partido de apresurar por sí mismo la disolucion que le pedian: entró vivamente en la discusion de la ley electoral y la votó; pero procuró que mediante su votacion volviera á caer el poder en las mismas manos que entonces lo tenian. Los miembros actuales del parlamento republicano eran de hecho y sin necesidad de reeleccion miembros del nuevo parlamento: no debian verificarse elecciones sino para llenar los huecos de la asamblea segun el número total fijado por la ley.

Y para que nada faltase á la seguridad de la combinacion solo los antiguos miembros eran los que habian de componer la comision de examen y aprobacion de las nuevas elecciones.

Bien se echa de ver que su sistema estaba muy lejos de ser una disolucion del parlamento. Cromwell no anduvo ya en vacilaciones: rompiendo bruscamente una asamblea de oficiales que se hallaban reunidos en su casa, se trasladó á la cámara baja, ocupó silenciosamente su puesto en medio de la discusion, y cuando se fué á proceder á la votacion de la ley electoral se levantó súbitamente y aprovechándose del descrédito en que los intrigantes del parlamento habian caido, los insultó groseramente para acabarlos de envilecer, les indicó con profunda brutalidad que su mision habia terminado, los mandó espulsar del salon como intrusos por una compañía de soldados, y de esta manera puso súbitamente fin al parlamento.

Nadie resistió, nadie levantó la voz; no porque el parlamento espulsado careciese de amigos ardientes y leales, aunque poco numerosos; sino porque no pudo menos de comprenderse que estaban en contra suya la fuerza y la opinion. Todos los demás partidos sin perjuicio de aprobar ó no aprobar en su interior el acto de Cromwell se alegraron considerándolo como un rasgo de justicia que les restituía la libertad. Los vencidos se sometieron intimidados ó conociendo su impotencia y aquellos agitadores revolucionarios que durante nueve años habian sostenido la guerra civil, espulsando del parlamento las tres cuartas partes de sus cólegas, condenado á muerte un rey, cambiado tiránicamente la constitucion de su país, tuvieron ocasion de comprender que el gobierno de los pueblos es

una obra infinitamente mas grande y mas difícil que lo que ellos mismos se imaginaban antes de haber sucumbido.

La república se habia establecido en nombre de la libertad, y bajo la dominacion del parlamento republicano no habia sido la libertad mas que una vana palabra bajo la cual se ocultaba la tiranía de una faccion. Despues de la espulsion del parlamento la república á su vez se vino á convertir tambien en una vana palabra, conservada como una de esas mentiras que sirven, pero no fascinan y el gobierno de Inglaterra quedó por espacio de cinco años convertido en el despotismo de un solo hombre.

El despotismo, tratándose de una nacion fuerte que lo haya abrazado por falta de resolucion ó por cansancio, no puede subsistir sino mediante estas dos condiciones, órden y grandeza. No se descuidó Cromwell en desplegar todos los recursos de su talento para imprimir á su gobierno estos caracteres. Desentendiéndose absolutamente de aquellas animosidades, de aquellas mezquindades é intolerancias que las facciones establecen con su imperio, quiso que todos sin distincion de origen y partido, realistas, presbiterianos ó republicanos hallasen, con tal que se abstuvieran de tomar parte en las maquinaciones políticas, proteccion y seguridad en todos los intereses de la vida civil. Quedó abrogado el acto que imponia juramento de fidelidad á todo ingles bajo pena de inhabilitacion ante los tribunales. La administracion de justicia volvió á ejercerse formal é imparcialmente. Ya se ha dicho que Cromwell, como general de la revolucion habia procurado adquirir amigos y relaciones en todos los partidos. Cromwell, como protector de la república se esforzó en atraer á su gobierno las altas fuerzas de la sociedad.

Demasiado prudente para privarse de sus propias raices y ponerse en manos de sus enemigos obraba con arreglo á un superior instinto que le advertia de que en tanto que el poder no sea aceptado y sostenido por la alianza natural de posiciones sociales, intereses y costumbres no puede decirse que haya nada de estable ni bien coordinado. Aquel impetuoso caudillo de los innovadores populares se mostraba lleno de respeto hácia las instituciones consagradas por el tiempo. Los sectarios en su aversion á las ciencias humanas y á las fundaciones aristocráticas ó reales querian destruir las universidades de Oxford y de Cambridge. Cromwell las salvó.

Grande por naturaleza y colocado en eminente posicion se interesaba espontáneamente por todo lo que presentaba carácter de elevacion por sus recuerdos, por su ingenio, por su ciencia ó por los alhagos de la fama. Sentíase impulsado á rodearse de esa clase de objetos y á protegerlos de

las animosidades villanas y rastreras. Para sostener esa política, es decir para sostener en beneficio de todos el órden y las leyes, y establecer en todas partes el poder y el respeto se valió del mismo ejército con que habia derribado tantas antiguas grandezas, y cuyas mal apagadas pasiones no se enfrenaban sino en fuerza de la severidad, de la disciplina y del afecto que profesaba á su general.

Cromwell, mas libre que el anterior gobierno del yugo de los partidos, se condujo en lo relativo á los negocios exteriores con un pleno conocimiento de su situacion é intereses y puede decirse que consiguió completos resultados.

La paz fue la base de su política y á conseguirla ó consolidarla, con Holanda, Portugal y Dinamarca se dirigieron todos sus conatos desde su elevacion al poder; para eso se desentendió por completo de aquellos sueños de fusion republicana y protestante que en otros tiempos habia fomentado ó concebido cediendo á los odios y á las sugestiones de los partidos. Viósele por ese deseo de paz apresurado en arreglar diferencias y terminar cuestiones, y si bien alguna vez se mostró susceptible y altivo para establecer bien la dignidad del nuevo gobierno, nunca faltó á la sensatez, ni se entregó á desmedidas exigencias, ni á quiméricas ambiciones, ni se afaná en lo exterior mas que por lo conveniente á su interés esencial y en lo interior por la seguridad y la fuerza de su poder.

Una vez asegurada la paz, sentó como segunda base de su política la neutralidad. Entonces se hallaba agitada la Europa con la lucha entre la casa de Austria y la familia de Borbon: la España que empezaba á decaer, y la Francia que se elevaba rápidamente. Una y otra nacion hacian violentos y no siempre decorosos esfuerzos por captarse la alianza de la Inglaterra. Cromwell prestaba oídos á la solicitud de ambas, y no les daba esperanzas sino para conseguir lo que era beneficioso para Inglaterra sin tener que aventurarse á tomar una parte decisiva en la contienda.

Considerada atentamente la cuestion comprendió que por parte de la España podia esperar poco, temer menos, pero coger mucho. Meditaba dar ancha base en el nuevo mundo al poder y al comercio de Inglaterra. Por eso se resolvió á romper su neutralidad, pero lo hizo tan á tiempo y con tanto tino que mientras que su estado de guerra con España le facilitaba la conquista de Jamáica al otro lado de los mares, su alianza con Francia le valia en las puertas del continente europeo la posesion de Dunkerque sin haberse por eso tenido que comprometer en la lucha de aque-

llas potencias de un modo capaz de interrumpir la independencia exterior de su país.

El constante carácter de la política de Cromwell durante su gobierno fue el no presentar nada de sistemático, ni arrebatado, ni mezclarse en asuntos ajenos sino cuando lo exigió realmente la conveniencia de los propios. Los Estuardos estaban refugiados en Francia y la corte los trataba con distinción pero también con timidez. Las tentativas de guerra civil que hacía el partido llamado *de la Fronde* turbaban la paz de aquel reino y los protestantes se veían sino perseguidos por lo menos molestados y llenos de inquietud. No podía presentarse una ocasión más favorable á Cromwell para intervenir allí contra sus enemigos y en favor de la causa religiosa y política á que debía su elevación. El príncipe de Condé, jefe de los insurrectos y la ciudad de Burdeos que venía á ser su antemural le habían enviado comisionados y multiplicaban instancias y ofrecimientos para conseguir su apoyo. Cromwell los escuchaba, les dejaba columbrar alguna esperanza, y secretamente enviaba personas de su confianza á Francia que exploráran la situación y que al paso que midieran las fuerzas de los protestantes y de los demás sublevados, causasen graves recelos al ministro Mazarino. De estas cautelosas indagaciones resultó que no hallando por parte de los descontentos franceses fuerzas efectivas, ni buenas disposiciones, ni probabilidades de buen éxito, acalló todas las inspiraciones de la ambición ó de sus propios deseos, se olvidó de las ofertas que al parecer había admitido, y de las esperanzas que había dejado concebir y negoció con Mazarino utilizando las inquietudes que con su conducta anterior le había causado.

Otra ocasión de sostener el protestantismo menos tentadora pero menos comprometida se presentó en otro punto y Cromwell la aceptó ávidamente. Para proteger contra el duque de Saboya á unos pobres aldeanos espulsados de sus valles hizo repetidas declaraciones, reiteró embajadas, socorros en dinero y amenazas, llegando hasta el punto de significar al gabinete francés que en el caso de no interponer su mediación, intervendría él personalmente en el asunto. Con semejante política Cromwell conseguía comprometer los cantones Suizos, y los Estados-Unidos, alcanzaba su objeto por el impulso que imprimía, y daba á las opiniones religiosas de Inglaterra una brillante satisfacción sin tener que aventurarse á una lucha grave é incierta.

Cuando algunos intereses nacionales importantes aunque de segundo orden exigían protección ó satisfacción, Cromwell sabía sostenerlos ené-

gicamente, pero sin involucrarlos con las cuestiones generales y apasionadas. Por orden suya cruzaba el almirante Blake el Mediterráneo con una poderosa escuadra á fin de acudir á todos los puntos donde la Inglaterra tuviera que hacer alguna reclamación. Esta escuadra se presentó sucesivamente en Liorna, Argel, Tunez y Tripoli, arregló de un modo brillante, pero sin añadir nuevos motivos de encono, y no se retiró sin haber alcanzado completa satisfacción por los daños causados.

No se hacían en vano tantos esfuerzos ni se conseguían tantas victorias; mas no puede decirse que por ellas alcanzaba el vencedor su verdadero y último objeto. Aquel gobierno tan activo sin temeridad; tan diestro en alhagar las pasiones nacionales sin esclavizarlas; aquel gobierno que en lo exterior sabía engrandecer la nación sin comprometerla, y en lo interior mantenía el orden con los soldados de la revolución; aquel Cromwell tan temido, obedecido y admirado no llegaban á echar profundas raíces. La Inglaterra se sometía á su talento y á su fuerza; pero no aceptaba su dominación. Consumado en el arte de crearse partidarios, apenas dejaba pasar un día sin atraer á su lado algun personaje de los antiguos partidos, obligándole á servir activamente, ó por lo menos á que dejase de figurar entre sus enemigos. Mas á pesar de eso los partidos, realistas, republicanos, presbiterianos, seguían siempre subsistiendo, estaban comprimidos pero respiraban y no acababan de renunciar á sus esperanzas, ni á sus medios de acción.

Durante los cinco años del imperio de Cromwell ocurrieron quince conspiraciones é insurrecciones realistas, republicanas ó coaligadas, sin contar una multitud de tentativas oscuras que causaron grave alarma al gobierno y pusieron en peligro la vida del protector. Riprimialas este enérgicamente sin crueldad y sin compasión, aproximándose según lo exigían las circunstancias al uno ó al otro de estos dos extremos, empleando simultáneamente las leyes y la arbitrariedad, el Jurado y los tribunales escepcionales, una policía incansable y un ejército lleno de adhesión, las prisiones secretas y las ejecuciones ruidosas, el destierro, el encarcelamiento, la venta de los insurreccionados en las colonias como esclavos, y finalmente todo cuanto puede inventarse para inutilizar ó aterrar á los enemigos.

Ninguna conspiración tuvo buen resultado: Cromwell supo desbaratar todas las maquinaciones y sofocar todos los movimientos armados. El país no tomaba parte en esas sublevaciones y permanecía en reposo; mas no creía ni en la legitimidad ni en la duración de aquel poder siem-

pre vencedor. Cromwell no reinaba en los ánimos como un soberano reconocido y legítimo : en la cumbre de su grandeza no venia á ser mas en concepto del público que un poder irresistible pero provisional sin rivales y sin porvenir.

Así lo conocia también el mismo Cromwell mejor que nadie. Una de las condiciones de su carácter era el presentarle bajo su verdadero punto de vista todos los objetos hasta los que se referian á su propia personalidad : nadie ha sido mas ardiente para desear, ni se ha prestado menos al poder de las ilusiones.

Al derribar la monarquía constitucional habia comprendido perfectamente que ese era el único gobierno que convenia á la nación, y el único que ofrecia condiciones de estabilidad. Dirigió por lo tanto todo su ardor y todo su afán incansable en conseguir un parlamento con el cual pudiese vivir y gobernar. Cuatro fueron los que convocó en cinco años : una vez eligió él mismo de concierto con sus oficiales los miembros que habian de componer la asamblea, decorada hipócritamente por el mismo Cromwell con esa denominación ; otra vez hizo que las elecciones se verificaran según la nueva forma que el parlamento republicano estuvo á punto de adoptar cuando fue disuelto ; siempre trató esas asambleas en el momento de su inauguración con mucha solemnidad y deferencia ; nunca dejó de poner en juego artificios y violencias inauditas á fin de crearse en ellas una mayoría y aun en el mismo instante de disolverlas procuró manifestar que no renunciaba á sus consejos ni á su influencia.

Mas semejante empresa por parte de Cromwell era quimérica. Los realistas no entraban en la composición de su parlamento ; los presbiterianos asistian á él pero en muy pequeño número y solo las diversas fracciones del partido republicano profundamente divididas y llenas de encono eran las que lo componian en su totalidad. Los partidarios de Cromwell eran poco á propósito para triunfar por medio de la táctica parlamentaria y la discusión, y por el contrario sus enemigos eran muy diestros en ese género de combate, y no se olvidaban de poner en juego todos los recursos.

Ventase pues á encontrar en presencia de unos hombres sinceramente apasionados contra la tiranía del que los habia derribado, tenaces en sus opiniones y en sus instintos anárquicos, y tan incapaces de ser gobernados como de gobernar. El mismo protector les daba á cada paso armas y nuevos motivos de encono, pues al hacerse soberano absoluto no habia aprendido á respetar el derecho, ni á sufrir resistencia ni contradicción.

Advertido por su perspicaz instinto de que en su aislamiento despótico nada, ni siquiera su propio poder conseguiria establecer, convocaba un parlamento para que le ayudara á crear un gobierno estable ; mas cuando el parlamento estaba reunido, cuando lo veia desprovisto de las fuerzas naturales de un partido conservador, y dominado por miembros que nada sabian mas que destruir, Cromwell no pudiendo tolerar la libertad, ni el ciego arrebató de aquellos hombres, lo disolvía á pesar de comprender su necesidad, y quedaba pesaroso de haberse valido de un instrumento que constantemente le habia sido fatal.

Llegó por fin un día en que Cromwell creyó haber conseguido reunir un parlamento que comprendia y apoyaba sus planes. Dióse prisa á dejar traslucir la idea que lo dominaba, esto es el restablecimiento completo de la monarquía inglesa, un rey y dos cámaras. Presentóse esta proposición y se discutió por mas de dos meses en el parlamento, dando lugar á casi públicas negociaciones entre este y el protector. Cromwell desplegó con este motivo toda aquella rara combinación de ardor y prudencia, de habilidad profunda y de grosera hipocresía que componian á la vez su carácter y su táctica.

Tan prudente casi como ambicioso no queria que su elevación al trono fuese á costa de un rompimiento con su partido, base tan mezquina y tan vacilante de su gobierno. Deseaba ser llamado rey sin aventurar el título de protector de la república. Para eso se necesitaba no solo que espontáneamente se le ofreciera la corona, sino que todos los hombres importantes que estaban á su lado, sectarios ó políticos, militares ó magistrados se la presentaran con sus propias manos. Para este objeto lo venia sondeando y preparando desde mucho tiempo atrás, antes de la institución del Protectorado y antes de la disolución del Parlamento Largo.

Llegado el caso de hacer el último esfuerzo empleó directa ó indirectamente un trabajo casi infinito en captarse la voluntad de sus parciales : dirigióse simultáneamente á su interés, á su amistad y á su razón : intentó hacerles comprender que la revolución que habian llevado á cabo y la situación que se habian creado no podia tener consistencia mientras no se adunaran por medio de la institución que servia de base á todas las leyes, y con la cual estaban íntimamente relacionados todos los hábitos de obediencia y de respeto de la nación.

De esta manera logró convencer, arrastrar ó seducir tantas personas, hasta en las mismas filas del ejército, que pudo creerse y que realmente